

# Briceño, México, el teatro y yo

Guillermo Hagg

Del gusto y del entendimiento que J. M. Briceño Guerrero tenía por el teatro, tengo dos referencias y dos testimonios. Las referencias son, como tales, de sendos libros suyos, *América Latina en el mundo*, uno, y *Europa y América en el pensar mantuano*, el otro. En el primero, lo que dice de una obra que él leyó, seguramente, en alemán, el idioma original del autor, o que vio representada en Viena o en Alemania. El fragmento que me impresionó desde que lo leí por primera vez es este: “en el *El Príncipe de Homburg* nos muestra Kleist la máxima belleza arquitectónica que puede alcanzar una obra de teatro”. Y acabando de leerla, me repetía una y otra vez la frase, que dice de cómo una obra teatral puede conmover por su simple estructura a un lector o a un espectador. Y desde entonces, imagino a los dramaturgos convocando a personajes, lugares, conflictos, historias para ser vistas y escuchadas.

En el mismo libro, Briceño Guerrero habla de otros autores de teatro, como Samuel Beckett. Dice, ahora en cita amplia:

Si, como lo afirma Ham en *El Fin de la Partida*, de Beckett, se trata de un antiguo juego desde siempre perdido, o, como lo vocean los adoradores de la técnica científica, de una marcha triunfal por la vía recta e incesante del progreso, es cuestión que concierne más bien a la psicología y la fisiología, pues el pesimismo y el optimismo, como actitudes ligadas al funcionamiento de las glándulas endocrinas, no tiene valor cognoscitivo en ninguna investigación racional digna de tal adjetivo.

---

1

En cuanto a *Europa y América en el pensar mantuano*, no se trata de una obra de teatro en sí, pero sí de una planta absolutamente teatral, es decir, de la base —y de una base muy bien cimentada— para, a partir de ella, construir, personaje tras personaje, situación tras situación, toda la edificación de una de las obras dramáticas que nos están haciendo falta. J. M. Briceño lo plantea desde el principio, pues afirma que no se trata de un trabajo académico, porque este recurso no le pareció el adecuado, sino de una exposición a través del inmejorable camino de la dramaturgia. Y agrega: “Puse todo el discurso en boca de un relator imaginario que personifica la actitud o postura fundamental y que se divide en *dramatis personae* según las necesidades del relato.”

Esto afirma en el prólogo, al final del cual leemos: “El lector avisado reconocerá fácilmente —así lo espero— los *collages* deformados, los clichés retocados y la intención de *persiflage* [esto es, de ironía]”

Igualmente, en la misma obra, páginas adelante, en la 69, pone otra guía: “Ser esclavo o rey es hacer el papel que se ha recibido y se trata de hacerlo bien. Pero eso no importa mucho. Lo que cuenta es lo que somos cuando no estamos haciendo ningún papel y cuando la

representación teatral de este mundo termine para nosotros. Entonces todas las almas son igualmente preciosas.”

Entonces, *dramatis personae* y de ahí, de las personas del drama y de las personas o seres humanos como tales, el teatro sirve, diría nuestro autor, para darnos cuenta de cómo somos y de cómo es la vida y su ineludible fin. Y mientras, en el transcurso, para estudiar, como en espejos, el pasado y el presente. Al respecto, dice: “Estaba en mejores condiciones un siervo de la gleba que un habitante cualquiera de gran urbe moderna. Aquél ejercía en plenitud su dignidad humana [...] Este se encuentra preso en su lugar de trabajo y en su apartamento [...]” (Ibidem.)

Hoy, muchos podrían decir que esta obra es un libreto o un guion (libro o manuscrito lo llamaban hace algunos años), y tal vez tuvieran razón. El caso es que revela el dominio tan meticuloso que Briceño tenía del arte de componer obras en que los personajes son tan atractivos como otros de sus obras más inspiradas.

Y como no hay personajes sin lenguaje, otra parte de *América Latina en el mundo* nos adelantaba el tema, hablando igualmente de sus habitantes:

El gusto por el juego de palabras es tan grande, que las conversaciones amigables se convierten en concursos de ingenio que dejan muy atrás a los pawns de los ingleses y a los calambours de los franceses; las sesiones de chistes pueden durar horas. Gran parte de la necesidad estética del hombre se satisface en Latinoamérica por esta vía humorística instantánea, relegando el gran arte a un segundo plano.

De los testimonios. Debo decir que con Briceño Guerrero me pasó lo que ni esperaba ni imaginaba. Sucedió primero en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde lo conocí. Invitado por el director de este centro de estudios, impartió un par de asignaturas, la más interesantes de las cuales fue a los alumnos de la carrera de filosofía. Yo, apenas recuerdo cómo, estaba siempre en el aula de la materia. Clase tras clase, el maestro fue ganándose el franco asombro de los estudiantes. Lo que sí recuerdo bien es que en las dos o tres primeras clases, habló principalmente del significado de las palabras y que escribía en griego o en alemán algunas en el pizarrón. Más o menos al mes y medio, un mi amigo Pepe, asistente de la carrera, me dijo: “Yo creí que tu maestro no pasaba de ser un buen lingüista; pero no, sí que es un hombre que piensa.” Y esta fama corrió como reguero de pólvora, pues al medio año Briceño llenó hasta el mismo piso el aula magna de la facultad; o sea que muchos nos sentamos en los escalones y en todo espacio posible y lo escuchamos con la boca abierta. Hay una fotografía contrastada en la Gaceta de la Facultad en que se ve su perfil y a varios oyentes al fondo. Al día siguiente me dijo que su discurso no fue tan incendiario porque el director de la facultad le pidió que no tocara determinados temas. Al estar escribiendo esto recuerdo sus primeras palabras: “Gracias por estar aquí. Comenzaré diciendo que los latinoamericanos vivimos frustrados. En lo grande y en lo pequeño. En lo general y en nuestras particularidades.”

Los dos testimonios. Mejor dicho, tres. Tres porque el primero también tuvo que ver con el arte de la actuación. Todavía no habían llegado a México su esposa, Jacqueline Clarac, y su hija, Cristina. Él quería conocer cada vez más de México, de su gente y del arte relacionado con el lenguaje. Así fue como vimos la película *Macario*, en el Cine Regis. Cuando salimos de la sala, no recuerdo exactamente lo que dijo, pero sí que alabó al actor, a los actores y a la película. Desde luego, agregó algo muy significativo acerca de la actuación de Ignacio López Tarso, a quien unos meses después veríamos en un teatro.

Fue en el Teatro Orientación, de la Unidad Cultural del Bosque (de Chapultepec), con la obra *El precio*, de Arthur Miller, en la que al lado de López Tarso actuaron tres estrellas más: Emma Teresa Armendáriz, Augusto Benedico y Carlos Ancira, con dirección de Rafael López Miarnau. Un local pequeño. O tal vez se sentía muy angosto por la obra misma, que se desarrolla en un muy exiguo departamento que dos hermanos se disputan más por amor propio que por el valor del inmueble. Y ahí nosotros, Briceño, varios espectadores, no más de cien, y yo. Tal vez lo mejor que he visto en lo de teatro bien hecho o a lo clásico de una modernidad como la que ofrecía el mundo en los años de la segunda mitad del siglo pasado.

Ya yo entonces había comenzado a hacerla de profesor de teatro en una escuela particular, el Colegio Mixcoac. A mi primer montaje no pudo ir J. M. Briceño, pero sí su esposa y su hija, las pobres aguantaron hasta el final aquella horrible función, a teatro lleno porque el director del colegio obligó a todo el alumnado a ir a un teatro que nos prestaron.

Estábamos en el año de 1968. México era país sede de los XIX Juegos Olímpicos. En cuanto al arte, la obra de teatro *Medusa*, de Emilio Carballido, fue elegida para ser mostrada a los visitantes. En esos tiempos, yo iba, solo y muy seguido, al cine y al teatro. Vi *Medusa*, en el teatro Julio Jiménez Rueda, dos o tres veces antes de invitar a que Briceño la viera, porque, como desde entonces ha sido una de mis preferidas, quería hablar de la obra con alguien inteligente y con amor por el teatro. Podría citar pasajes amplios de la obra, diálogos sorprendentes y conmovedores acerca de la situación de una mujer condenada a perder toda oportunidad de ser amada. Con J. M. Briceño Guerrero al lado, me fui hundiendo por el respaldo de mi butaca para mirar bien sus reacciones. Cuando Medusa terminó una recriminación a Perseo, “el hombre” se levantó lentamente y me dijo que nos saliéramos de la sala. Al bajar los escalones tras pasar el vestíbulo me dijo: “Se necesita estar muy endurecido para no sentir esta obra.” Fuimos a tomar un café; no hablamos casi nada. Se acercaba el tiempo en el que abandonaría México.

Se fue a Nueva York, pues según me había dicho, debía cumplir un encargo del rector de su universidad, la Universidad de los Andes, en la Biblioteca del Congreso. Desde esa ciudad me escribió. No quiero buscar la carta. No estoy con fuerza para abrirla. Ahí escribió que tuvo la oportunidad de ver *El precio* (*The Price*), dirigida por el propio Arthur Miller. Y que la escenificación de México le había parecido más lograda.

Ahora ofrezco dos obras de teatro mías. La dedicada a una mujer, se estrenará próximamente por la compañía llamada “Tercera llamada para la tercera edad”.

## Mujer cosmopolita

Guillermo Hagg

Ella

*En el escenario, una solitaria silla*

*Ella entra caminando. Se detiene, acomoda algo en su bolsa, mira a la distancia, le hace la parada a un transporte público, que se detiene. Ella sube, se sienta en la silla, da las gracias discretamente, se acomoda, se baja la falda, busca en su bolsa, saca un espejito, se retoca el maquillaje, se toca, apenas un poco, el cabello. Y habla.*

Yo soy una mujer cosmopolita. Ando por todo el mundo. Ustedes han de pensar, ya lo veo, que porque me subí a una combi soy una mujer común y corriente. Pero no. No soy nada común. Lo que pasa es que no me gusta manejar. No en esta cochina ciudad. Dejo el auto en algún sitio cómodo y me transporto en taxi si tengo prisa y en peseras o camiones si no. *(Con ligereza se baja de la combi como quien salta de una tarima y se acerca a proscenio.)* El otro día me fui en una como esa. Todo iba bien hasta que... Hasta que, ¡maldita sea! Pero no me importa. Me tenía que tocar, pero no me importa. Bueno, la verdad es que sí me importa, ¡y mucho, cómo no! Como que perdí mi celular. Y era buenísimo y ya le entendía todo lo que me decía o me mandaban. *(Señala hacia la silla.)* No, no se me cayó ni en la calle ni en la pesera. Lo perdí así, con una así, así de fea y de traumáticamente inolvidable. Miren, así. *(Sube de nuevo a la pesera, se sienta y hace mímica de una gran pistola, plateada, la podemos ver por el temblor de su mano, que apunta directamente a su cabeza.)* El tipo... el muchacho... Eran dos, armados hasta los dientes... me dijo, nos dijo: “Celulares y carteras, órale”. Y con una gorda. Una, no. Dos, no. Más gordas, palabrotas. Nos insultó, nos exigió. Aparte de mí, recuerdo a tres señores, dos mujeres y una muchacha. Y el chofer, claro, que no me fijé si también al final le entró con su cuerno. Le dijeron que siguiera manejando, que no hiciera paradas y que no acelerara de más, sino como si nada y que ni se le ocurriera tocar el claxon. ¡Carteras y celulares, con una...!, gritaba el, el, el él *(con esto, quiere decir el tipo, el hijo, el desgraciado)*. A mí, él, me recibió un billete cuando le dije: “Sólo traigo esto, m’hijo”. Creo que abrí chicos ojotes *(mima el acto de abrir desmesuradamente los ojos y un poco la boca)*, porque me dijo: “Está bien”. Creo que le sonreí, pero también que tragué saliva porque me dijo con voz como cavernosa: “El cel, ruquita, pa’ pronto, que ya voy a pedir mi parada”. Me dijo ruquita con toda razón, porque, aunque no se me note, la verdad, sí soy de la tercera edad. Y, ¡ay, me temblaron todos los brazos, todo mi bien cuidado cuerpo, pero pude abrir la bolsa. Saqué el cel, se lo di y lo vi, al cel y... a él y al cel y a él y así, a los dos, me parece que varias veces, ya no sé. Se agachó como resorte a mí y me dijo que los ojos. No le entendí. Y luego... *(Imita al tipo con solamente la mano haciendo el arma y apuntándose, al mismo tiempo que se levanta a medias de la silla, mientras sentada se representa a sí misma.)*

—Los ojos al piso.

—¿Eh?

—¡La vista abajo!

—¿La vista?

—¡Abajo!

—Ah, pues sí, ¿verdad? *(Ahora intenta una sonrisa.)*

Me agaché, me doblé, me hice conchita, abrazando mi bolsa, aunque no me importaba ya mucho. Quise ver por última vez mi cel, despedirme de él, darle un beso y recomendarle que no revelara nuestros secretos, pero me aguanté. Y más cuando a la chica que iba atrás le gritaron cosas horribles, y todo porque no podía abrir su bolsa, de lo apanicada y nerviosa que se puso.

—A... a... ahorita voy —dijo a media voz. Y el que la presionaba decía:

—Ya, ya, ya.

El que parecía ser el jefe, que no sé si era el que se llevó a mi incomparable “amigo”, le ordenó al chofer:

—Párate aquí adelante. Te sigues, sin voltear ni parar. Y ustedes sigan con los ojotes en el piso.

Los sujetos se bajaron. El chofer arrancó. Nos preguntó si estábamos bien.

—Ella no —dijo una de las mujeres señalando a la muchacha, que no dejaba de temblar.

—¿Quieren que hagamos algo? —preguntó el conductor.

No recuerdo quién, si hombre o mujer, fue quien dijo que sí, que atendiéramos a la muchacha, que no lloraba ni gritaba, pero que no dejaba de temblar y que de repente se puso a morderse los labios y las manos, viéndonos a todos y volviendo constantemente los ojos al suelo.

Ahora, después de lo ocurrido, ya no leo en el transporte público, ni me pinto, ni nada de nada. Me fijo en la gente que sube. Veo atentamente, tanto como creo conveniente, sus caras y trato de adelantar si será o no otro de esos. Y si veo a alguno que me da mala espina, inmediatamente le digo al conductor: “Ay, señor, me ando pasando, aquí, aquí me bajo”. Y claro que me bajo y me requetebajo, faltaba más y sobraba menos. *(Se levanta, hace la pantomima de bajarse del vehículo y sale de escena. Pero así como sale, regresa.)*

Pero recuerden: soy una mujer cosmopolita. Seguiré viajando. A ver cómo me va en otros países. *(Ahora no sale. Simplemente, da las gracias.)*

## Hombre de la colonia

Guillermo Hagg

Él

*En el escenario, dos sillas, una sobre otra*

*Él va caminando y mirando a derecha e izquierda, lo mismo a la altura de sus ojos, que arriba y abajo. De vez en vez se detiene, toma algo de un anaquel (las dos sillas, a las que les dará vueltas, a veces cerradas, a veces abiertas) observa el producto, le da vueltas y lo regresa a su lugar. Repite esta acción un par de veces. Después, se pega de espaldas a las sillas, y mima dejar pasar a alguna persona. Camina otro poco. Toma otro producto, busca dinero en sus bolsillos. Camina rumbo a la caja del establecimiento. Se detiene en la fila, de perfil al público, al que dando media vuelta mira de frente. Y habla.*

Yo soy hombre de mi colonia. Y de muchos años, no de hace poquito. Y así como me ven todavía de fuertote, ya soy de la tercera edad. O bueno, adulto mayor o de como quieran ponerme o ponernos a todos y a todas, viejos y viejas, como se decía antes. Y pues sí, para qué más que la pura verdad, yo no le entiendo a eso de adulto mayor. ¿Qué, también hay adultos menores y medianos y chichos? Y tampoco a lo de la tercera edad. ¿Qué, tambor hay de la segunda y de la primera? O de plano, de primera, segunda, tercera y cuarta, como los coches de cuatro velocidades. ¿Será? Yo lo dudo. Porque, acá entre nos, antes, cuando en mis tiempos había equipos de fut de primera y de segunda división, pues estaba clarito. Y así, el campeón de la segunda, subía a la primera; y el último de la primera bajaba a la segunda. Luego, para acabar de entenderle a eso de primeras y segundas, ahí tienen: todavía hay primaria y secundaria, para la chaviza que estudia... Pero, en fin, a lo que te truje, Chenchá.

Estaba yo diciéndoles que soy de mi colonia. Tan lo soy, que rara vez salgo de ella, de sus límites tal como yo los entiendo y tal como dice la alcaldía que son. Pero como hombre de mi colonia que soy, para comprobarlo y comprobarme, hay veces en que salgo de ella, de mi amada, de mi querida colonia o jurisdicción ciudadana en que, aunque no haya nacido en ella, bien que me crié casi todos los años de mi infancia y de mi juventud y de todo lo que siguió. Traspaso los límites, pues, para hacer las pruebas visuales y de toda índole para repetir con orgullo: “Vivo en la calle Zutana, número del Chorro, de mi meritita Colonia, pa’servir a Dios y a sus mercedes’n”. Y mi colonia es de lo mejor que hay y que se pueda desear o encontrar. Aunque... no por eso dejo de reconocer que también en ella hay gruesos problemas, de todo tipo. Ahorita les cuento. *(Pareciera que desde la caja lo llaman. Va a pagar, mira el producto, mira a la cajera y se arrepiente. Va y deja el producto en el anaquel, se vuelve al público y prosigue.)* Después pago. Mejor, ahorita, en caliente, les cuento lo que pasó. Aquí nomás atrás, a dos pasillos... Tengo una mi hija. Vive como a veinte colonias de distancia. Algunas veces nos visita y me jala para hacer su súper. Claro que deja a los niños con mi mujer, mientras yo la acompaño dizque para vigilar que no le

vayan a jalar algo a la hora de empacar, o antes, ya ven cómo está la cosa. Yo diría que no hace falta porque ella es muy avispa. Pero bueno... ahí iba yo, atrás de ella, distrayéndome mientras con lo que ponen. (*Hace la actuación de ir por un pasillo.*) Cuando de repente, una mujer me habla, casi desde el piso, bien agachadota y con una alegría de chocolate en la mano. Y abriendo chicos ojotes me pregunta: “¿Esto es alegría de chocolate?” Así como lo oyen: alegría de chocolate. Aquí va la clave que me avisó que eso no estaba lógico: no dijo nada con acento extranjero, vaya, ni siquiera sudamericano o de otra parte, o yo qué sé. No, perfectamente de nuestro idioma. Entonces que me salta el angelito del hombro derecho y me grita ¡peligro! Alargo el paso y le contesto que no sé. Camino un poco más y de repente me acuerdo de que unos dos minutos antes, un tipo alto y flaco casi me da en la cara al estirarse a coger no sé de lo alto de una repisa. Y de veras que su estirada fue casi con un gancho a la quijada, por Dios. Luego, los veo a él y a ella como poniendo, él, cosas en el carrito que, ella, lleva. Las alarmas se ponen en amarillo, como dicen que estamos con lo del Covid el día de hoy. Las alarmas regresan, o se ponen por primera vez en rojo, ya no sé, cuando sospecho que no son dos, sino más carritos y más tipos largos en operación. En una de esas, veo que se juntan tres, cuatro, cinco carritos. Y son chicos; el súper no es de los grandes. Y me cierran el paso. Alcanzo a ver a mi hija, que se me pierde en una vuelta, y ya no puedo caminar, como si en las piernas me hubieran puesto bardas de media altura. Empujo dos carritos. Los que hacen el ángulo más cercano. Logro abrir el cerrojo. Se me cierran más, aunque la gente que los ha puesto de va. Solo queda frente a mí, tres hileras de carritos entre los dos, la mujer de la alegría de chocolate. No tiene más de cuarenta años, seguro. Y el “boxeador”, que también se deslizó pasillo adelante, seguro que es menor que ella. Esto no quiere decir que ella fuera la líder... o quién sabe. Porque... porque sus siguientes palabras fueron tan raras que, una de dos, o tenía que dar el ejemplo, o la mandaron a redondear el trabajito. Primero me hablo en tono medio, digamos suave pero muy clarito; después subió el volumen a segundo grado y al último ya era una voz de reclamo bastante alto como para asustarme. Pero antes de citar sus palabras (y las mías), quiero decir que ya me sé algunas, algunas especies de robos en este mundo de mi colonia y de las demás casi seguro, como la del súper aquél. Esas clases de atracos incluyen las de los rateros que, a mano armada, le roban sus cosas a los que van en el transporte público o a los que van en su coche y se detienen en los altos. También la de los que fingen desamparo: “Ayúdeme con esta caja, aquí nomas a la esquina”, o los que te quieren ayudar a que te limpies quesque porque traes algo amarillo, como caca de diarrea de bebé, en la ropa. Y varias otras, de las que después hablaremos, como esa de que se te recargan de un lado y te dan baje del otro, más de una fina persona, desde luego, y otras varias formas de... olvidando del todo la finura del ratero de veras fino de otras remotas épocas.

El caso fue que la mujer me dijo estas ofensivas palabras. Digo ofensivas para mi edad, para mis canas, para mi última vuelta, que ya uno ve la meta allá al final de la próxima recta, toco madera, pero la verdad es la verdad. La mujer alegrillera chocolatera, a media altura, no tan abajo como la primera vez, sino deteniéndose de la periferia del carrito me dice:

—Abusa de su edad, ¿eh?

—¿Eh?

—¡Que abusa de su edad!

—¿Cómo?

—¡Abusa de su edad!

—(¿Se me nota mucho?) *(Como aparte, al público.)*

Ella se agachaba. Yo me agachaba. Los dos asidos de lo posible, ella del carrito, yo de mi bastón. Me agaché, se agachó, se hizo conchita, como para hablarle a un celular y que la grabaran, lección dada y garantizada. Quise llamar a mi hija, pero cuando me dijo lo de “dama”, los dos angelitos, el de la derecha y el de la izquierda subieron a lo más alto de mi cabeza y me encendí. A la “dama” le pedí perdón, pero a gritos.

—¡Abusa de su edad y yo soy dama!

No dijo una dama. Solo dama: soy dama, como quien dice así estoy hecha y con garantía de fábrica. Repitió así, muy intensa (seguramente sus discípulos o sus tutores la estaban viendo y escuchando):

—¡Soy dama!

—Ah, ¿sí? — le contesté — ¡Perdóneme!, ¿eh?

—¡¡Dama!!

—¡¡Perdóneme!!

No fueron gritos, pero sí volumen del bueno. Caras a los lados, entre ellas la de mi hija:

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasó?

—Nada... que dice que es ¡dama! Pero... esta y sus peones me querían dar ¡mate!

Mi hija, ninguna perita en dulce, aventó el tablero y la partida terminó.

\*

\*   \*